

La acción de la *Iliada* se desarrolla de manera rectilínea en un solo lugar, que es el campo de Troya, y conforme al orden de la sucesión de los tiempos; su materia es casi exclusivamente la guerra. La *Odisea* presenta una complejidad mucho mayor: hay en ella multitud de escenarios por la tierra y el mar; la narración, por motivos artísticos, invierte en gran parte el orden cronológico, y, sobre todo, es grande la variedad de los lances y sucesos: todo ello resulta más admirable dentro de una comunidad de estilo, de lengua y de versificación fuertemente acentuada por la identidad de las fórmulas. El poeta comienza, como en la *Iliada*, con la invocación a la Musa (I 1-3), para que cuente del *hábil varón que erró largamente después de arrasar la sagrada fortaleza de Troya y que conoció muchas ciudades y el genio de muchos hombres*. Todos los caudillos que habían sobrevivido a la guerra se hallaban de regreso en sus casas; sólo Ulises estaba retenido ya de siete años por la niña Calipso en su isla solitaria y umbría: le persigue el rencor de Posidón. De ello se queja Atenea ante la asamblea de los dioses en ausencia del enojado y, con asenso de Zeus, se manda a Hermes que vaya a intimar a la niña la orden de dejar partir a Ulises, mientras la propia Atenea desciende a Itaca

para exhortar a su hijo Telémaco a que se ponga en camino en busca de noticias de aquél. Presentásele, en efecto, bajo el nombre y figura de Mentés, rey de los Taños, y es acogido amablemente por el joven, a quien halla rodeado, bien a su pesar, de los pretendientes de su madre Penélope: burlados en sus esperanzas por ésta, que permanece fiel al recuerdo de su esposo, banquetean sin cesar, devorando en su propio palacio la hacienda del ausente. El fingido Mentés, doñéndose con Telémaco de tal insolencia, aconseja a éste que salga para Pilo y Esparta y pida a Néstor y Menelao nuevas de su padre. Así lo hace (II 427): la misma diosa le prepara la embarcación y se la dirige hasta Pilo, tomando la apariencia de su ayo Mentor. Allí son acogidos cariñosamente por Néstor, pero éste nada sabe de Ulises (III 185); Telémaco continúa al día siguiente por tierra su viaje a Lacedemonia, acompañado por Pisítrato, hijo de su huésped: la diosa se ha despedido al anochecer, no sin ser reconocida por el anciano rey de Pilo en el momento de partir. Al llegar los dos jóvenes encuentran a Menelao y Helena celebrando en un mismo día las bodas de sus hijos Megapentes y Hermíona. Los esposos reconocen a Telémaco y Menelao le da acerca de su padre las noticias que, al regreso de Troya, ha tenido en Egipto por Proteo, el anciano adivino del mar: está en la isla retenido por Calipso (IV 557). El rey quiere que Telémaco permanezca unos días en su morada, pero el joven está impaciente por partir. En esta parte del poema se nos abre la perspectiva de la vida de paz de aquellos recios caudillos que vimos combatir en Troya, vida sólo pasajera y entrevista en la *Iliada*: nos embarga el prestigio de aquellas suntuosas mansiones señoriales donde se conserva vivo el recuerdo de la guerra y de los grandes amigos que tomaron parte en ella, con sus solemnidades de bodas y sacrificios y su generosa hospitalidad de mesa y lecho, seguida del ofrecimiento de ricos presentes. El poeta nos traslada de nuevo a Itaca: los

pretendientes, enterados de que Telémaco se ha hecho a la vela hacia Pilo, preparan una emboscada para matarle a su regreso; Penélope, informada de ello, queda presa de angustioso dolor; pero Atenea la consuela y tranquiliza en sueños bajo la figura de su hermana Ifítima.

En este punto (V 5) se repite la deliberación de los dioses que mencionamos al comienzo y el relato prosigue con la suerte de su héroe principal: en la isla remota de la ninfa Calipso, mansión emborujada con sus árboles sombríos y sus pájaros extraños, Ulises llora a la orilla del mar la nostalgia de su patria y su esposa. Llega Hermes y da a la ninfa la orden de dejar en libertad al prisionero; ella, aunque dolida, se resigna y procura al cautivo los medios de construir la balsa en que ha de partir; con todo por menor se nos describe la construcción; ufano se hace Ulises al mar y gobierna diestramente su embarcación durante dieciocho días. Ya está a la vista de la tierra fecunda, que será su refugio; pero en este punto lo ve Posidón, que regresa del país de los Etíopes, y desata contra él una terrible tempestad. Despedido de la balsa, la alcanza de nuevo y en ella sigue hasta que queda deshecha. Calmado al fin el temporal, consigue el héroe llegar a nado hasta el cauce de un río por el que alcanza la tierra. La descripción de la lucha del héroe con la tempestad es verdaderamente admirable: sentimos la viva presencia del mar con el ímpetu de sus olas, el vaho de sus espumas y el estrellarse del embate en la aspereza de los acantilados; punto por punto seguimos en él el esfuerzo desesperado del náufrago hasta que cae, agotado vencedor, sobre la tierra ribereña.

Ulises pasa la noche en una altura cercana, abrigado con el follaje que allí encuentra derramado en abundancia. Con un efecto casi musical, la escena se reduce, se pacifica y se acalla: el poeta nos trasladada en compañía de Atenea al palacio de Alcínoo, rey del país que sirve de refugio al héroe recién salvado, y nos introduce (VI 15) en la es-

tancia donde duerne con dos bellas esclavas su hija Nausícaa, *semejante a las diosas en talte y en hermosura*; sentimos la ilusión de su amanecer después de un sueño prometedor y placentero; su jornada empieza en la ufanía del trabajo y en el gozo del campo y la libertad; después de lavar con sus siervas las ropas en las fuentes del río, viene el yantar y, tras éste, el juego; y he aquí a Ulises que despierta a las voces de las muchachas. Desnudo y desfigurado por el sarro del mar, ha de salir a su encuentro: un encuentro embarazoso que el poeta resuelve briosa y triunfalmente por el milagro de la palabra. El lenguaje humano puede ofrecer pocas muestras de belleza como aquella oración de Ulises a Nausícaa; pero ésta es digna de la oración y sabe contestarla a un tiempo con amabilidad y modesta reserva. Lo demás viene por sí mismo: el baño de Ulises, a quien Atenea reviste de hermosura hasta causar la admiración de la joven, los discretos consejos de ésta al forastero, la vuelta a la ciudad en la tarde de sol.

Ulises es acogido con gran fervor y distinción en el palacio de Alcínoo (VII 135); desde el primer momento se le prometen los medios para que regrese a su patria (VIII 31); después se le festeja largamente y al fin, requerido por el rey, se da a conocer y empieza (IX 2) el relato de sus aventuras desde su salida de Troya. Son historias en su mayor parte maravillosas, de aquellas en que se exige mayor autoridad al narrador; semejantes a las que sin duda traían los marinos del remoto y oscuro occidente y que nadie querría oír sino de los labios de los que las habían vivido: el poeta hace que Ulises las refiera en primera persona. Allí sabemos, primero, de las luchas con los Cíclopes y del país de los Lotófagos, que se alimentan con la flor del olvido; viene, luego, la aventura del ciclope, cuento delicioso en que aparecen artísticamente combinados los más bellos elementos del género. La vida del monstro nos ofrece una mezcla de lo fantástico y lo cotidiano,

y la narración en sí, la imagen del riesgo no vencido hasta el último momento en la clásica lucha de la astucia al servicio del bien contra la fuerza del malvado; todo ello, con una insuperable viveza de representación. Páramos, luego, por la cerrada, gozosa y patriarcal mansión de Eolo (X 13); entrega éste a Ulises el odre de los vientos y, estando ya el héroe a la vista de su patria, sus insensatos compañeros abren el odre mientras él duerme; los vientos desatados los llevan de nuevo a la isla del dios, que, indignado, los rechaza y despidе. Desde allí dan en el país de los fieros y gigantescos Lestrigones, que les hundен las naves, dejándoles sólo una; más adelante, en la isla de Circe, la diosa hechicera que convierte en cerdos a la mitad de los compañeros de Ulises, destacados a visitar su morada. Cuando Ulises se encamina hacia allá en busca de los suyos, Hermes se le aparece y le entrega la hierba inmunizadora mediante la cual consigne imponerse a la diosa y logra la restitución de sus compañeros a la forma humana. Por consejo de la misma Circe, visita la mansión de Hades (XI 22) para consultar sobre su regreso con la sombra del divino tebano Tiresias; ésta le da el consejo capital de respetar a su paso por la isla Trinacia las vacas del Sol que pacen en ella. El héroe conversa también con muchas sombras de hombres y mujeres: de conmovedora ternura es la conversación con su madre Anticlea, muerta por la pena de su ausencia; e impresionante, por su hondura y grandeza, el diálogo con Aquiles. De allá vuelven a Circe y, luego, pasan junto al prado de las Sirenas (XII 167): sus riberas blanquean con los huesos de los desdichados atraídos por su voz seductora. Ulises tapa con cera los oídos de los suyos y hace que ellos le aten a él mismo a un mástil para gozar de la dulzura del canto sin sucumbir a la seducción. Pasan, después, entre los dos escollos Caribdis y Escila, monstruos que devorarán a los pasajeros en sus aguas remolnantes: el héroe contempla en espantosa visión cómo Escila arre-

bata de la nave a seis de sus compañeros, los eleva hacia el cielo y los traga después, mientras ellos tienden hacia él sus manos invocándole por última vez. Llegan, más adelante, a la isla del Sol y contemplan las hermosas vacas que en ella están paciendo. Ulises, recordando las advertencias de Tiresias, quiere pasar sin detenerse, pero sus compañeros, rendidos de cansancio, se empeñan en pernoctar allí y él tiene que contentarse con exigirles juramento de no tocar las reses de la isla. Desgraciadamente los vientos son adversos, la estancia se prolonga, las provisiones se acaban y, en ocasión en que Ulises se ha retirado a invocar el favor de los dioses, aquellos hombres dan caza a las vacas del Sol para satisfacer su necesidad. Se producen terribles señales. Ulises, desolado, reprende, ya inútilmente, a los suyos. Cambiados los vientos, se hacen al mar, pero a poco una tempestad destruye la nave y acaba con todos los compañeros del héroe. Este, a la deriva sobre la quilla, llega a la isla de Calipso, donde ha comenzado la narración de esta parte del poema. Cuando termina el relato, Alcinoo proclama (XIII 4) el fin de las desgracias de Ulises; los Feacios le colman de dones y preparan la nave que ha de llevarle a Ítaca. Llegan dormido; los marinos le dejan sin despertarlo en la ribera y ponen junto a él los tesoros. Regresa el navío, pero Posidón, a la vista ya de los Feacios, lo convierte en roca y lo fija para siempre en el fondo del mar. Al despertar el recién llegado, no sabe dónde está: Atenea ha dispuesto que no reconozca las costas de su patria; se cree engañado por los Feacios hasta que la diosa misma le abre los ojos y le muestra la realidad del paisaje. Por orden suya va a la majada del porquerizo Eumeo (XIV 3): entramos en un mundo rústico dominado por la simpática figura del ganadero que, al tiempo que atiende a su ganado con menuda e inteligente solícitud, nutre en su alma nobles sentimientos de fidelidad a su señor y de hospitalidad para el forastero. Su conversación con el

recién venido tiene por tema principal el recuerdo de Ulises y la situación de su familia y hacienda; el porquerizo no espera verle ya; su huésped sostiene que no tardará en volver. Entretanto, la diosa Atenea ha dado prisa a Telémaco para que regrese a Esparta y le ha advertido de la emboscada de los pretendientes. Emprende aquél el regreso con Pisístrato y se embarca, sin detenerse en Pilo. Al llegar a Ítaca va también (XV 555) a la cabaña del porquerizo, que le acoge con muestras de apasionado afecto y le presenta al forastero. Mientras Eumeo va a dar cuenta a Penélope de la llegada de Telémaco, Ulises se da a conocer a éste (XVI 188); tratan ambos de la venganza contra los pretendientes y el padre ordena al hijo que guarde absoluto silencio sobre su llegada: ni la misma Penélope debe conocerla. Vuelto el porquerizo, le encarga Telémaco que conduzca al huésped a la ciudad, mientras él va por otra parte a presentarse a su madre, a la que no da otras noticias de Ulises que las recibidas de Menelao.

Así mismo, después, a la estancia del héroe en su propio palacio (XVII 336) bajo figura de mendigo, entre los insultos y agresiones de los pretendientes y las insolencias de los criados (XVIII 326). Penélope quiere hablar con el vagabundo y queda hondamente complacida de su ingenio y de los recuerdos que guarda de su esposo; asegúrale el huésped que aquél llegará en la misma luna. Un sueño inspira a Penélope la idea de poner a prueba a los pretendientes haciéndoles disparar el arco de Ulises, que conserva en palacio: el forastero, consultado sobre ello, aplaude el proyecto y le aconseja (XIX 584) que no aplase su ejecución. Sigue una noche llena de esperanzas y presagios para ambos esposos. A la mañana siguiente, los pretendientes invaden de nuevo la morada; vuelve el festín y tornan las ofensas al huésped (XX 177). Penélope propone la prueba del arco (XXI 74); notable es el arte con que la refiere el poeta señalando los distintos efectos

que los fracasos sucesivos van produciendo en los pretendientes, el desaliento de los unos, la arrogancia de los otros; diversidad parecida hay en los comentarios cuando Ulises, tomando el arma en sus manos, la examina y prepara; al fin, el éxito de éste y la mutación súbita de la escena: la paciencia del patientísimo Ulises ha terminado; fiero e inexorable se da a conocer a todos; la descripción (XXII 8) de la caída de los procos, asateados por el héroe, ignala por lo menos a lo mejor de la *Ilíada* en cuadros parecidos. Pero las flechas se van agotando. Telémaco va a buscar en el tesoro armaduras para él, para su padre y para los dos fieles servidores Eumeo y Filetío. Los pretendientes se arman también por obra del cabrizzo Melanito, pero Atenea da la victoria a Ulises y a los suyos; tras la matanza de los pretendientes viene el castigo de los siervos infieles: las impúdicas esclavas que pasaban las noches con los procos son ahorcadas; Melanito, horriblemente mutilado. El ama, Euriclea, ha ido a anunciar a Penélope la vuelta de Ulises (XXIII 7) y la muerte de los pretendientes. Penélope se resiste a creerlo: está viendo a su esposo y el miedo a engañarse le impide acercarse a él; sólo a fuerza de pruebas se deja caer en sus brazos y le pide perdón por su anterior tratamiento.

Ulises, por otra parte, teme el efecto que la noticia de la carnicería ha de producir en el pueblo de Ítaca; prudentemente ordena a sus criados leales que finjan celebración de bodas en palacio; la vecindad lo cree y lo comenta. Sale, luego, acompañado de Telémaco, Eumeo y Filetío, armados los cuatro, para la heredad donde mora su padre Laertes (XXIV 205). Hay un intermedio en que se describe la bajada al Hades de las sombras de los pretendientes. Ulises encuentra a su padre trabajando en el campo y en miserable pergeño, se finge forastero y antiguo huésped de su hijo; pero, conmovido por el dolor del anciano, se da a conocer. Estando todos complacidos

a la mesa, llega una facción del pueblo amotinada y acaudillada por Eupites, el padre del joven Antinoo, que fue cabecilla y primer caído entre los pretendientes. Laertes y los suyos se disponen a la defensa; el anciano da muerte a Eupites; Ulises y Telémaco hacen estragos entre los atacantes hasta que Atenea espanta a éstos y, conteniendo a Ulises en su deseo de persecución, pone fin a la batalla.

Toda esta parte de la *Odisea*, conocida con el nombre de *La venganza*, aunque notable por sus salpicadas bellezas, revela, en general, un desmayo de inspiración comparada con lo que la precede en el poema: el relato se interrumpe o prolonga torpemente con la intervención de personajes nuevos que apenas traen sino distracción y embarazo; los incidentes se repiten hasta causar enfado; el recurso de la intervención divina, que sin necesidad, pero no sin gusto, emplea el poeta en otros pasajes, se prodiga aquí lamentablemente; el oscurecimiento de la luz poética es casi total en el último canto.

El poema, como se ve por la anterior exposición, consta de tres partes bien distintas: asunto de la primera es la expedición de Telémaco en busca de su padre, cuyo relato sigue a la exposición del estado de cosas en el palacio de Itaca; la segunda parte refiere las aventuras acaecidas a Ulises desde que salió de Troya hasta que llega a su patria. El poeta toma al héroe en la última estación de las maravillas, la isla de Calipso; después le hace referir a él mismo ante Alcinoo y su corte todo lo anterior; finalmente, tercera y última parte, seguimos a Ulises en su propio país, primero en la cabaña de Eumeo y luego en el palacio hasta que ejecuta la matanza de los pretendientes y es reconocido por su esposa; el segundo episodio del Hades y las escenas en la heredad constituyen dos apéndices imperinentes.

Las partes segunda y tercera son enteramente diferentes por su escenario y por la índole de la acción; podrían existir independientemente. En la una vemos cómo el héroe

se esfuerza por llegar a su patria; en la otra, cómo lucha para reivindicar su posición en la propia morada. La segunda empresa se ofrece a su consideración de improviso cuando ha realizado la primera. Para que el lector no resulte igualmente sorprendido se ha ideado la primera parte o *Viaje de Telémaco*. Esta, ciertamente, no podría concebirse como pieza autónoma; aunque ausente el héroe, es su figura la que manda y se impone en la acción; así la primera y la segunda parte confluyen en la tercera con el encuentro del padre y el hijo en la majada de Eumeo. Si a esto añadimos la forma en que el poeta ha invertido el orden de los sucesos en la segunda parte, podemos asegurar que la unidad de la *Odisea* no es menor que la conseguida en la *Ilíada*, sino que está más artísticamente conseguida. Sólo la cronología ha flaqueado al poeta: partiendo del mismo momento, la historia de Telémaco y la de Ulises, no se ha cuidado de contar los días en una y otra, y ha quedado un vano en el que no se sabe lo que hace el primero, ni tampoco los pretendientes que le acechan.

Los días de la «Odisea»

Como se ve, y en relación con lo que ahora diremos, esta introducción se desentiende voluntariamente de los problemas de autoría y unidad para enfocar la obra como un todo coherente en función, sobre todo, de quien le dio la última mano. También observamos una cierta perplicidad ante la cronología del poema, pero en este aspecto es posible llegar a conclusiones más ciertas, al menos por lo que toca a lo que opinaban los antiguos sobre el viaje de Ulises. Recordaré acerca de ello lo que hace años comenté, en mis artículos «Notas a un comentario sobre los días de la *Odisea»* (*Par. Pass.* VIII [1953], 65-70) y «Nuevamente sobre el papiro de los días de la *Odisea»*

CANTO I

Musa, dime del hábil varón que en su largo extravío,
tras haber arrasado el alcázar sagrado de Troya,
conoció las ciudades y el genio de innumerables gentes.

Muchos males pasó por las rutas marinas luchando
por sí mismo y su vida y la vuelta al hogar de sus

[hombres,

pero a éstos no pudo salvarlos con todo su empeño,
que en las propias locuras hallaron la muerte. ¡Insensatos!
Devoraron las vacas del Sol Hiperión e, irritada
la deidad, los privó de la luz del regreso. Principio
da a contar donde quierais, ¡oh diosa nacida de Zeus!

Cuantos antes habían esquivado la abrupta ruina,

en sus casas estaban a salvo del mar y la guerra;
sólo a él, que añoraba en dolor su mujer y sus lares,
retentale la angustiada Calipso, divina entre diosas,

en sus cóncavas grutas, ansiosa de hacerlo su esposo.

Vino al cabo, al rodar de los años, aquel en que habían
decretado los dioses que el héroe volviese a sus casas
en las tierras de Itaca. En vano seguía con sus penas
y sin ver a los suyos. Dolidas las otras deidades,
disentía Posidón de continuo, enconado en su ira
contra Ulises divino, que erraba de vuelta a su patria.

Mas, atento a grandiosa hecatombe de toros y cabras,
embargaban al dios esta vez los lejanos etiopes,
que poseen los fines del mundo formando dos pueblos,
25 el del lado en que nace Hiperión y el del lado en que muere.
Allá estaba sentido gozando el festín y los otros
entretanto reuníanse en las casas de Zeus el Olimpio.
Comenzó por hablarles el padre de dioses y hombres:
se acordaba en su mente de Egisto, el varón intachable
30 al que Orestes, famoso en el mundo, quitara la vida,
y con este recuerdo les dijo a los dioses eternos:

*Es de ver cómo inculpan los hombres sin tregua a los
[dioses

achacándonos todos sus males. Y son ellos mismos
los que traen por sus propias locuras su exceso de penas.
35 Así Egisto, violando el destino, casó con la esposa
del Atrida y le dio muerte a él cuando a casa volvía.
No accedió a prevenir su desgracia, que bien le ordenamos
enviándole a Hermes, el gran celador Argifonte,
desistir de esa muerte y su ascidio a la reina, pues ello
40 le atraería la venganza por mano de Orestes Atrida
cuando fuese en edad y añorase la tierra paterna.
Pero Hermes no pudo cambiar las entrañas de Egisto,
aun queriéndole bien, y él pagó de una vez sus maldades*.

Atenea, la diosa ojizarca, repúsole entonces:

45 «Padre nuestro Cronión, soberano entre todos los reyes,
bien de cierto que él yace abatido por justa ruina
—¡que lo mismo perezca quienquiera que imite su
[ejemplo!—,
pero a mí el corazón se me parte pensando en Ulises,
infeliz, que hace tanto padece de miles trabajos,
50 alejado de todos los suyos y preso en la isla
qué circundan las olas allá en la mitad del oceano.

En sus frondas habita la diosa nacida de Atlante,
el astuto malvado que intuye los senos marinos
y vigila las largas columnas, sustento del cielo.
Ella es quien allí le retiene penando y lloroso
55 y lo adula sin fin con palabras sutiles de halago
por que olvide a su Itaca. En vano, que Ulises en ansias
de mirar cómo el humo se eleva del suelo paterno
prefiriera morir. ¿No comueven, Olimpio, tu pecho
tales cosas? ¿Quizás es que Ulises allá en la llanura
60 de Ilión y su campo naval omitió sacrificios,
no hizo ofrenda en tu honor? ¿Cómo así le aborreces,
[oh Zeus?*

Contestando a su vez dijo Zeus, que agrupa las nubes:

«¿Qué palabra, hija mía, escapó del vallar de tus dientes?
?Por ventura podré yo olvidarme de Ulises divino,
65 del varón sin igual por su ingenio y también por los dones
que ofendió a los eternos, señores del cielo anchuroso?
No en verdad: Posidón, batidor de la tierra, es quien sigue
enconado por mor del ciclope, del gran Polifemo
al que Ulises cegó siendo él el mayor por su fuerza
70 entre aquellos gigantes: pariólo la ninfa Toosa,
la nacida de Forcis, ministro del mar infecundo,
que amorosa se dio a Posidón en las cóncavas grutas.
Desde entonces el dios, respetándole sólo la vida,
fuerza a Ulises a errar alejado del suelo paterno.
75 Pero, ¡eal, tratemos nosotros de acuerdo su vuelta
y que el héroe regrese a su hogar! Posidón por su parte
cederá en sus enconos, pues nada podrá en contra nuestra
ni luchar solo él contra todos los dioses eternos.»

Contestando a su vez dijo Atena, la diosa ojizarca: 80

«¡Padre nuestro Cronión, soberano entre todos los
[reyes!

Si de cierto los dioses de vida feliz determinan
que regrese a sus casas Ulises, el rico en ingenios,
enviemos a Hermes, el guía luminoso: que vaya
85 al islote de Oigigia y en él sin demora transmita
a la ninfa de hermosos cabellos el firme decreto
de la vuelta del héroe sufrido de entrañas. Yo misma
iré en tanto a las tierras de Itaca; allí de su hijo
en el pecho pondré diligencia y valor por que llame
90 en el ágora a junta a los dánaos crinados y en ella
haga frente a los muchos galanes que matan sin duelo
sus ovejas y buyes rollizos de pasos de rueda;
le haré ir hasta Pilo arenosa y Esparta a que trate
de saber del regreso del padre querido y consiga
95 para él mismo también favorable renombre en las gentes.»

Tal diciendo ligóse a los pies las hermosas sandalias
inmortales, doradas, que suelen llevarla por cima
de las aguas y tierras sin fin con los soplos del viento.
Asió luego la lanza robusta con punta de bronce.
100 fuerte, grande, pesada: con ella a los héroes por filas
desbarata en su furia la diosa del padre terrible.

De un gran salto dejando las cumbres olimpias posóse
en la tierra itaquea, de frente a las puertas de Ulises
y al umbral de su casa, empuñando la lanza broncínea
105 y en figura de un huésped, de Mentés, señor de los tafios.

Al momento observó a los altivos galanes: estaban
en el patio gozando en jugar a las suertes y echados
sobre pieles de bueyes que habían inmolado ellos mismos.
Sus heraldos y activos sirvientes hacíanles los unos
110 en crateras la mezcla del agua y del vino, los otros
a su vez con porosas esponjas limpiaban las mesas
y acercábanlas luego o trinchaban la carne abundante.

El divino Telémaco vio la el primero; se hallaba
recostado entre aquellos galanes penando en su alma

y soñando entre sí con el héroe su padre, si acaso
pareciese de pronto y sembrase el espanto entre ellos,
recobrará su honor y rigiera de nuevo su casa. 115

Tal pensando en mitad de esos hombres, fijóse en Atena
y salió decidido al umbral; le dolía en las entrañas
que algún huésped quedase a la puerta. Llegando a su lado, 120
tras tenderle la mano cogióle la lanza de bronce
y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:

«Forastero, salud, bien tratado serás, pero antes
de explicar a qué vienes habrás de saciar tu apetito.»

Tal diciendo marchó por delante, siguióle Atena,
125 penetraron los dos bajo el techo del alto palacio
y, llevando él la lanza, la puso en pulido asillero
al arrimo de erguido pilar donde alzaban sus puntas
muchas lanzas también del sufrido de entrañas Ulises.
Sentó luego a la diosa en un bello sillón extendiendo
130 sobre él un buen paño; a sus plantas habla un escañuelo.
El, tomando una silla, se puso a su lado bien lejos
de los otros, no diese a su huésped enojo el tumulto
y le agriase el manjar si quedaba entre aquellos procaces

y también por poder preguntarle del padre en ausencia. 135
Una sierva a este punto llegó con un jarro de oro,
en sus manos el agua vertió sobre fuente de plata

y le puso delante una mesa pulida; la honrada
despensera, trayéndole el pan, colocólo a su lado
140 y otros muchos manjares sirvió que en reserva tenía.
Asomó el trinchador, bien en alto sus platos de carne
de distintas especies, y puso unas copas de oro

que el heraldo una vez y otra vez les llenaba de vino.

Pero en esto llegaron los fieros galanes y en fila
por sillones y sillas se fueron sentando; vertieron
145 los heraldos el agua en sus manos en tanto las siervas
les ponían en los cestos montones de pan y los mozos
de otra parte venían a colmar de licor las crateras.